

DIEGO ERLAN

Legaba en bicicleta a un bar en Almagro. Está nervioso: es la primera entrevista que brinda en persona. Se hace llamar J. P. Zooney y las solapas de sus dos libros, *Sol artificial* y *Los electrocutados*, informan que nació en 1973 y que estudió periodismo en la UBA. Ambos datos son ciertos. Cuando se publicó *Sol artificial* (Paradiso, 2009), Beatriz Sarlo elogió el libro y arriesgó algunas hipótesis sobre su verdadera identidad, pero Zooney no es ninguno de los nombres que mencionó, y también que J. P. podía referirse a Juan Perón, o a la "gloriosa JP". La referencia a Salinger fue evidente desde el principio. Aseguremos entonces que con Zooney nos encontramos ante un ser complejo, contradictorio y polifacético, una persona que escribe con "la conciencia de la ineluctable combinación de realidad, representaciones e identidades fantasmáticas que es toda vida humana" (Julio Premat, *Héroes sin atributos*) y con todo el peso de Foucault y de las sucesivas muertes y resurrecciones del concepto de autor.

La fragmentación es una constante en sus libros. Cartas, *papers*, entrevistas se conjugan en *Sol artificial* para construir discursos que hablan de múltiples subjetividades y de un mundo sumido en un apocalipsis afectivo. En su última novela *Los electrocutados* (Alpha Decay) encontramos al vecino (J. P. Zooney), que es el encargado de explicar la muerte del protagonista, Dizze Mucho, a través de sus papeles. Otra vez cartas, identidades cruzadas y *papers* construyen una trama donde se mezclan sociología y ciencia ficción. ¿Se puede trazar una genealogía entre el Mucho Maas de *La subasta del lote 49*, de Thomas Pynchon al Impensador-Mucho, de Macedonio Fernández? Veamos. En los *Papeles del Recienvenido*, como señala Premat, Macedonio consigue "una puesta en escena de ese gesto de invención de sí mismo, una dinámica de seudónimos y variantes de figuras de autor que declinan hasta la saturación una desvalorización y un borrado de identidad". Sin embargo, Zooney, en este bar de Almagro donde suenan Los Beatles, confiesa que casi no leyó literatura argentina y que recién descubrió a Salinger a los 30 años.

—¿Qué contraste en "Franny y Zooney"?

—Encontré a Zooney, aspirante a actor, que le dice a su hermana Franny que una de las tareas más nobles que tiene el arte es la de acompañar el fluir vital de una persona durante una tarde, una noche o durante un momento de soledad, de quietud.

—Salinger, entonces, fue un punto de inflexión en tu vida, por haberte motivado a construir al autor detrás de estos libros.

—Creo que lo fue, pero no quiero hablar mucho de eso. Otro punto de inflexión fue un momento de



Desconocido. Son pocos los que conocen el verdadero rostro de Zooney.

Entrevista **J. P. Zooney**

“Quiero intervenir en el lenguaje del lector”

Este enigmático escritor argentino de 38 años mantiene su verdadera identidad en reserva porque no quiere “confundir la escritura con la vida pública”. Aquí, en persona, cuenta de qué manera construyó su literatura.



Sol artificial
J. P. ZOOEY
PARADISO
96 PÁGS.
\$ 45



Los electrocutados
J. P. ZOOEY
ALPHA DECAY
172 PÁGS.
\$ 80

locura. Eso te lo puedo decir y no lo voy a desarrollar.

—¿Y qué contraste en la literatura o en la escritura?

—Más locura.

—¿Tiene razón Sarlo sobre J.P.?

—Te soy sincero: me fascina el peronismo, pero soy impresionable. Es decir, el peronista es ciento por ciento peronista. El peronista estuvo con Menem, estuvo con Duhalde y hoy está con Kirchner. Y ese personaje me parece fascinante, pero yo soy un 60 por ciento peronista y un 40 por ciento impresionable. Y eso me anula.

—El personaje de J. P. Zooney que aparece en “Sol artificial”, pero más desarrollado en “Los electrocutados”, ¿es una descripción o una caricatura de vos mismo?

—El que aparece en los libros es el autor. Pero el autor es J. P. Zooney.

—¿Que no sos vos?

—No. No hay nada detrás.

—¿Y cómo construiste a ese autor, del que no vamos a decir el nombre, ni vamos a describir?

—Robando. Robando tonos, personas que encontré en la vida. Robando formas de puntuación, lenguajes. Es una mezcla. Nunca me propuse hasta el momento y creo que no lo voy a hacer, construirlo planificadamente.

—En las dos novelas hay algo que persiste, y es la intención de construir un otro. En las entrevistas, en las cartas. ¿Cuál es tu visión sobre el otro?

—Creo que responde a una delirante sensación de soledad en la que tengo la certeza de que el otro tiene que ser construido. Eso me ayuda a escribir. Y sufrir. Pero no se puede escribir sin angustia.

—El propio Dizze Mucho intenta continuar una comunicación con un otro ausente. Y él sabe que su hermana no está pero insiste en escribirle, quizás para sentirse acompañado, para hablar.

—En el libro hay una parte en la que Zooney dice: “demasiados mundos perdidos en el camino”. Dizze perdió demasiadas cosas. Y no soportó perder a su hermana Oidas, y la sigue tratando de conservar como un taxidermista a través de las cartas. Creo que esa es la actividad de escribir para mí. Es decir, inevitablemente casi siempre escribo sobre lo que perdí.

—¿Y perdiste muchas cosas?

—Quizás, como todo el mundo, ¿no? Un nombre, para empezar. En esta actividad.

—¿Y cómo te enfrentás a la pérdida de esa identidad?

—Esta época que tiene una relación extraña con la soledad. Por un lado, hay una profunda soledad, y por el otro a esa soledad se la desea. Hay gente que para estar solo crea cuentas de Facebook. Para estar solo, yo escribo. A su vez se vive una relación un poco tensa con esa soledad, que lleva a la gente a formar comunidades.

Comunidades de lectura, de escritores que aparecen públicamente. Por ahora prefiero mantenerme al margen de eso y seguir disfrutando del anonimato. No puedo confundir la actividad de escribir con la vida pública. Que la tengo en mi trabajo, por supuesto.

—Varios de tus personajes se embarcan en búsquedas metafísicas a través del lenguaje. En “Sol artificial”, Sara Levi busca la palabra de Dios en la televisión y, en “Los electrocutados”, Dizze y Oidas están buscando la frase del Sistema Solar.

—Yo leo la sociología o la filosofía como literatura. Creo que para mi generación o por lo menos para mí, no hay mundo por fuera del lenguaje y hay cierta facilidad para un tipo de esquizofrenia o de bipolaridad anímica que yo explico a través de la historia: tengo 38 años y pasé de la oscuridad profunda de la dictadura a una especie de primavera democrática sin poder procesar eso simbólicamente por la edad que tenía. Y la dictadura jugó un papel importante en esta cuestión: en el lenguaje se les jugaba la vida a nuestros viejos. En determinada palabra que no debía ser dicha, en determinado signo que no se debía llevar. El lenguaje era la realidad.

—¿Qué es el lenguaje para vos?

—Es una inteligencia compuesta de partes que se influyen mutuamente. Es decir, es un sistema de influencias. De contagio. Por lo tanto trasciende el vocabulario humano. En el lenguaje incluiría al lenguaje genético, al lenguaje físico, al lenguaje de la naturaleza. Los humanos, por supuesto, también participamos de ese lenguaje a través de la palabra. Pero creo que la palabra es un gesto, como puede ser la caída de una rama. Es un desprecio creer que el único lenguaje existente es el humano y también creer que el lenguaje humano simplemente representa las cosas. Y desde ese momento se perdió su dimensión mágica.

—¿Te proponés transformar el mundo con el lenguaje?

—Me propongo hacer pasar el tiempo, tal vez conover, tal vez incomodar. Producir algo en el lector. Intervenir, influenciar el lenguaje que ya tiene el lector. Hackearlo. Cuando sucede, me conmuevo. Esa es mi aspiración.

—Pasar el tiempo es algo que también mencionaste con Salinger. Y el tiempo en Internet es todo. Pero tenés una mirada desesperanzada sobre la Web.

—Estoy desesperanzado porque se está sirviendo de nosotros, está logrando un capital lingüístico, un capital afectivo, un capital de atención enorme y, por ahora, creo que no nos ha dado nada. ¿Cuánta gente está pasando horas, apretando teclitas, frente a un vidrio? Esa persona está suministrando a Internet una cantidad de atención, de afecto, de emociones, de lenguaje, y a cambio recibe ojos irritados, contracturas en el cuello y falta de tiempo.